

ESCENA XLVII

LA ÚLTIMA CUENTA

LUGAR DE LA ESCENA: *El valle de Josafat*PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—SOLEDAD.—JESÚS EL MAGO.—
MARÍA DE BETHANIA

ARGUMENTO.—Llamados á juicio, Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquel día acuden también al valle de Josafat al oír la trompeta del ángel. Este los invita á presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan á presentarse á Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle, ve á Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo, que un día aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entonces Satanás se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, adonde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanás.—Exaltación y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemani.

Mientras reinaba una quietud completa,
llamando á Paz, á Honorio y Palaciano,
el ruido se escuchó de una trompeta,
espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesús el Mago y la ideal María
con ellos van también, cuando los llama
de Josafat al valle, en aquel día,
el Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creyendo el juicio universal llegado,
grupos de muertos al Cedrón sombrío
acuden por un lado y otro lado,
como van los arroyos hacia un río.

Vuelta hacia el suelo la fulgente espada,
de una sublime palidez cubierto,
un ángel, colocándose á la entrada,
dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno,
su larga cuenta á liquidar postrera;
mas no entra allí con voluntad ninguno,
por más que el ángel dice:—Entre el que quiera.—

Nadie al Cedrón con voluntad descende
para saber, en su terrible imperio,
la postrera verdad, que el hombre aprende
en la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo
aquel Dios que penetra el pensamiento,
que parte el universo con un rayo,
y su polvo infeliz siembra en el viento.

Espanta á su razón, siempre turbada,
la justicia tan justa como tierna,
que da en cambio del don de una nonada,
el don feliz de una ventura eterna.

De aquel valle, á que tantos acudían,
campo final de las humanas glorias,
las faldas de los montes parecían
barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío,
se ve, de su terror presagio cierto,
bajar por el Cedrón de llanto un río,
que á perderse después corre al mar Muerto.

Para emprender sin miedo aquella entrada,
no hay limpio corazón ni pecho fuerte;
pues, al aspecto del Cedrón, son nada
estos hondos terrores de la muerte.

¡El rayo que destroza, cuando brilla,
el techo paternal siempre adorable!
¡La corriente que arrastra la barquilla
á un escollo del mar inevitable!...

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!
¡El incendio voraz que en torno estalla!
¡El insomnio que sigue á un gran espanto!
¡La hora que precede á una batalla!

¡Lo que inventa un cerebro delirante!
¡La decepción de una esperanza cierta!
¡El bandido que acosa al caminante,
que con la punta del puñal despierta!...

¡Punto negro que anuncia la borrasca!
¡Pavoroso reptil que silba fiero!
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca
bajo el peso del pie de algún viajero!...

¡El espectro del pálido asesino!
¡El lobo que olfateándonos aúlla!
¡Fiero el león que ruga en un camino!
¡El tigre vil que en el juncal maúlla!

¡Pena imprevista que de horror nos hiel!
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!
¡La nave que es llevada á toda vela
al borde de una inmensa catarata!...

¡El cercano volcán que ondea inquieto!
 ¡El último ¡ay! de la postrer tortura!
 ¡La vista de un fantasma en esqueleto
 en medio de una ardiente calentura!...

¡Los muertos que, al pasar, dejan los ríos!
 ¡La inundación que arrastra las cabañas!
 ¡Cuanto causa en la sangre escalofríos,
 cuanto tuerce y destroza las entrañas!...

¡Más que todo esto, el corazón asusta,
 al llegar á su trono de esplendores,
 la justicia tan tierna como justa
 del que vino á salvar los pecadores!

El ángel de la entrada, inútilmente,
 cual Moisés á la zarza, les decía:
 —¡Dios está ahí!—pues hasta el más valiente,
 de miedo de dar cuenta, se volvía.

—¡Dios está ahí!—con faz de moribundo,
 temiendo del Señor á la presencia,
 va diciendo éste á aquél... y es que en el mundo
 es un juez implacable la conciencia.

Cuando su voz los ecos repetían,
 era tal su temor, que á voz en grito,
 bajando las cabezas prorrumpían:
 —¡Desplomaos, montañas de granito!

Temiendo oír una fatal sentencia,
 ninguno para entrar la planta mueve;
 que la cuenta final de la existencia
 nadie con Dios á liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle
 es de nuestra alma el insondable abismo,
 pues no hay un solo ser que en calma se halle
 frente á frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo
 el torcedor que parte las entrañas,
 van huyendo del valle y repitiendo:
 —Caed sobre nosotros, ¡oh montañas!—

Y con ellos también, despavoridas,
 al ver tanto terror, huyen algunas
 de esas almas que, estando arrepentidas,
 son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra
 del corazón en el profundo abismo?
 ¡Dios de amor! ¡Dios de amor! ¿no hay en la tierra
 un hombre que esté en paz consigo mismo?

Vió Honorio á Palaciano que llegaba,
 y hacia el valle con fe marchó derecho;
 y al ver que Paz, guiándole, pasaba,
 quiso saltar su corazón del pecho.

Pasó María, y á Jesús el Mago
 viendo Honorio también, gritó afligido:
 —Tenía en este mar en que naufrago
 una tabla á que asirme, y la he perdido.—

Después, como una estrella, por Oriente
 ve á Soledad hermosa apareciendo;
 y mientras él la mira indiferente,
 ella le ve llorando y sonriendo;

y al presentir Honorio que venía
 de su martirio á recibir la palma,
 prorrumpió con más tedio que agonía:
 —¡No me queda ya de ella más que el alma!—

Viendo acercarse, con mortal desmayo,
 su espíritu sutil como el vacío,
 —¡Destruída aquel día por el rayo,
 viene sin cuerpo!—dice; y siente frío.

—¡Oh sol sin luz!—entre angustiado y fiero,
 viendo el alma sin cuerpo, se decía.—
 ¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero
 esconder en su cuerpo el alma mía!

»¡Hoy, sin carne en su frente inmaculada,
 de aquel cielo de amor astro remoto!
 ¡Ya es la sola adorable y adorada,
 bella flor sin aroma, espejo roto!»—

De Satanás surgiendo la figura
 del fondo del abismo de repente,
 de Honorio al lado con horror fulgura,
 cual brilla del volcán la lava ardiente.

—¡Gloria—dice—al que en honda simpatía
 oye entre goces de placer febriles
 la pasión tempestuosa que oyó un día
 rugir en sus ensueños juveniles!

»Desde que yo, con el infierno en guerra,
perdí, rebelde al cielo, la batalla,
todo rayo de Dios, cae en la tierra,
baja, y al fin, sobre mi frente estalla.

»De tu carnal pasión prendado un día,
te recogí este rayo en el infierno,
que aniquiló aquel ser que es todavía
tu incurable dolor, tu amor eterno.

»En cambio de este don, ven á ser mío:
toma, y bendice de tu amor la estrella,
sabiendo que es el rayo que te envío,
fuego impregnado en las cenizas de ella.»—

Del rayo á los siniestros resplandores,
arde el alma de Honorio, conmovida,
renovándose en ella los ardores
del grande amor de su primera vida;

y cuando de él en torno el rayo luce,
en su semblante, con feroz ternura,
una dicha espantosa se trasluce,
elevada hasta el grado de locura.

—¡Esto es sentir! ¡Esto es sentir!—decía,
tal vez lleno de horror, pero contento,
pues era de aquella alma, un tanto impía,
la tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febril arrebatado,
corría ciego, inquieto, vagabundo,
preguntando por ella, enamorado,
á todos los rumores de este mundo.

Miró á Jerusalén al Occidente;
mas de ella huyó sin dirección alguna,
y del Cedrón atravesó el torrente
á los pálidos rayos de la luna.

—¡Esto es sentir!—arrebatado y ciego,
grita con voz por la emoción turbada—
¡Este insomnio, este vértigo, este fuego,
son de la vida la embriaguez sagrada!—

Y de todas sus vidas anteriores
sintiendo el raptó, el fuego y la osadía,
hasta el huerto, corrió, de los Dolores,
y á la cueva, llegó, de la Agonía.

Y aturrido entre dichas y pesares,
cada vez más febril, más tumultuario,
de la santa Pasión por los lugares,
de su inmenso dolor siguió el Calvario;

y hacia el sitio en que allá, en el horizonte
la esfera azul el Olivete cierra,
al Este del Cedrón y al pie del monte,
Honorio paró al fin, cayendo en tierra.

Y al gozar en su insomnio violento
todo el placer de su pasión mundana,
quemándole el oído con su aliento,
le dijo Satanás:—¡Hasta mañana!—

ESCENA XLVIII

EL PODER DE UNA LÁGRIMA

LUGAR DE LA ESCENA: *El monte Olivete*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—MARÍA DE BETHANIA.—PAZ.—HONORIO.—SOLEDAD.—PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES

ARGUMENTO.—Honorio vuelve en sí y se dirige hacia el monte Olivete. Ve subir al cielo, entre coros de ángeles, á María de Bethania, á Jesús el Mago, á Paz y á Palaciano. Al ver á Soledad convertida en espíritu puro, echa de menos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle. Jesús el Mago le invita á mirar hacia el cielo para que vea el dolor de su madre. Esta derrama una lágrima de dolor, Soledad la recoge, vuela hacia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre. Derrama él otra lágrima, á cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento
Honorio vuelve en sí, brilla la aurora,
y todavía, aunque de fiebre exento,
la nostalgia del mundo le devora.

Después que al Sur, sin guía ni reposo,
dejando el valle del Cedrón, camina,
subiendo el sol del Asia esplendoroso,
ya dora el cielo azul de Palestina.

Llevando hacia el desierto sus cuidados,
dejó á Jerusalén, y vió delante
los misteriosos montes azulados
que se iban aplanando hacia Levante.

Ve del monte Olivete hacia la altura,
de viñas festoneadas sus laderas;
verdadera maceta de verdura,
de olivos, de granados, y de higueras.

Aunque es inmenso su dolor, camina
con la altivez del corazón culpable,
al cual aun deja la bondad divina
presentir su sentencia favorable,

Desde la falda del sagrado monte
ve á Jesús, de María acompañado,
de Palaciano y Paz, y el horizonte
de guirnaldas de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupos las etéreas salas,
como hiende las olas la barquilla,
que apenas deja ver sus blancas alas
á aquellos que se quedan en la orilla.

El iris muestra, en alternado brillo,
la hermosa escala del color completa,
el rojo, el naranjado, el amarillo,
el verde, azul, añil y violeta.

Brilla del iris el divino efuvio,
cual símbolo de unión y de esperanza,
que es siempre, desde el día del diluvio,
entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema,
ven todos que, por Dios glorificados,
del iris en la cúspide suprema,
»Estáis—dice un letrado—perdonados.»

Cuando al cielo apacibles ascendían,
Honorio los veía tristemente,
que uno de otro seguidos, parecían
blanco surco de luz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido,
entre ellos ver á Soledad alcanza,
que aun lo contempla, el corazón henchido
de fe, de caridad y de esperanza.

Y al ver á Soledad, cuya belleza
fué la causa dichosa de sus males,
la ebullición sintiendo en su cabeza
de todos los pecados capitales,

—¿Por qué—dice—á ese trono de esplendores
quiere arrastrarme su inmortal anhelo,
si, cual son invencibles, mis amores
lo vencen todo, hasta el amor al cielo?

»¡Vedla adornada con la eterna palma,
hoy sin encanto, aunque cual antes bella;
espíritu sin voz, alma sin alma...
su ser no es ese ser, ella no es ella!

»Daría, en mi profundo desconsuelo,
por su cuerpo mortal su alma divina.
¿Qué culpa tengo yo, si aun frente al cielo
la nostalgia del mundo me domina?

»¡No quiero ser sin el amor salvado!
Prefiero á aquella vida esta existencia,
pues respiro en la tierra que ha pisado
un no sé qué de su divina esencia.

»¡Del mundo por los márgenes floridos
su cuerpo quiero ver, ó vivo ó muerto,
pues, sin verla y tocarla, mis sentidos
el paraíso encontrarán desierto!

»¡Oyendo de los ángeles el coro,
que ornan el cerco de su eterna palma,
yo la adoro sin fin; pero la adoro
con la fe de la carne y la del alma!

»¡Dejad que al seno de la tierra unido
por mi febril pasión, renuncie al cielo,
y por mi goce terrenal vencido,
pues su polvo está en él, que bese el suelo...!»

Y lo besó, y en el instante mismo,
en la falda del monte calcinado,
de Honorio ante los pies se abrió un abismo,
cual la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso
el fuego impuro de su amor eterno,
se asoma al subterráneo tenebroso
que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte,
hasta á mirar al cielo se resiste...
pero Honorio, dichoso con su suerte,
en medio de su dicha estaba triste.

Como á su genio natural se junta
el ardor infernal de sus sentidos,
no mirando á su madre, en él despunta
la altivez de los ángeles caídos.

Entristeciendo el general contento,
cual negro nubarrón en claro día,
sólo de Honorio el inmortal tormento
este cuadro de gloria obscurecía.

¡Silencio general! Después, cruzando
cual fantasma invisible, por la esfera,
Jesús el Mago murmuró, pasando:
—Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera.—

Al ver que pertinaz no se arrepiente,
cual perfumes del cielo, hacia el impío
las miradas de todos santamente
cayeron á manera de rocío.

Y Jesús,—Arrepiéntete—seguía.—
¡Vuelve el alma hacia Dios, alzáte y vamos;
no olvides en la tierra—proseguía—
á aquellos que en cielo te esperamos!—

Y continuó Jesús:—Antes que amases
con el ardor de tan furioso anhelo,
tu madre te enseñó que levantases
las manos y los ojos hacia el cielo!—

Y elevando los ojos, obediente,
sin esperanza ni humildad alguna,
de su madre brillar miró la frente,
como una estrella encima de su cuna.

Lo ve la madre, y en sus ojos bellos,
el sol afortunado de aquel día
ve cuajarse una lágrima, que en ellos
un hermoso diamante parecía.

Recogiendo en la copa de sus palmas
la rica perla que la madre llora,
Soledad, con encanto de las almas,
robándole sus alas á la aurora,

se alejó, y sobre Honorio impenitente,
cariñosa y gentil detuvo el vuelo,
la lágrima soltó, cayó en su frente,
brotando en ella de fulgor un cielo.

Y un—¡ay!—sintiendo indefinible encanto,
de pecador arrepentido lanza,
y diviniza su dolor el llanto,
mezclándolo aquel ¡ay! que á Dios alcanza.

Y otra lágrima, amarga cual la muerte,
residuo del amor que le oprimía,
vierte Honorio también, y en ella vierte
la nostalgia del mundo que sentía.

Y Satanás, al pecador buscando,
sube, se espanta, baja, el cráter cierra,
y la lágrima ahoga, rebramando
en su encendido corazón la tierra.

Cruzando el antro del profundo averno,
la lágrima de Honorio ardiente avanza,
y raya de la puerta del infierno
el—«¡Dejad al entrar toda esperanza!»—

Ve luego Honorio que sus miembros flotan,
sin el peso fatal de sus pecados,
por el azul donde los mundos brotan,
como brotan las flores en los prados.

Con su piadosa fe, mientras subía,
amante á Honorio Soledad guiaba,
cual si fuese la estrella que algún día
en un establo de Belén brillaba.

De entrambos hijos, con amor, sus manos
las tiernas manos de la madre enlazan,
y con mutuo cariño los hermanos,
dándose el beso de verdad, se abrazan.

Cuando en medio de angélicas bellezas
una niebla de luz los envolvía,
de Honorio y Palaciano en las cabezas
Paz gozosa las manos imponía.

Ya aliviado del peso del pecado,
Honorio sube al celestial asiento,
por su hermano y su madre idolatrado,
agradecido á Dios, de sí contento.

Desde la tierra hasta la eterna lumbre,
ascendiendo también mientras subían,
á las plantas de Paz allá en la cumbre,
como dos ríos de ángeles, se unían.

La triste Soledad, ahora risueña,
ángel de paz, divino mensajero,
conforme van andando, les enseña
de las luces el mundo verdadero.

¡Salud, ciudad celeste, edificada
sobre esferas de vivos resplandores,
deshecha á cada instante, y renovada
entre un caos informe de colores!

¡Jerusalén de luz, donde parecen
las gasas de vapor, muros brillantes,
en la cual entre soles nacen, crecen,
cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan
los brillos todos de la luz del día,
que lucen, mueren, y de nuevo brotan
bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos
los mundos y los cielos superiores;
el que enseña á los malos á ser buenos,
y á los buenos enseña á ser mejores!

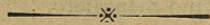
¡El que ama al triste, el que al débil guía;
el que cuida á las almas perdonadas,
el que cambia la injuria en simpatía,
devolviendo á la vaina las espadas!

¡El fuerte, á quien no hay llanto que no ablande!
¡El Dios que pone con bondad su mano
entre el pobre y la cólera del grande,
entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma
allá por las regiones inflamadas,
y cual manchas de luz en la luz misma,
ya iban en Dios las almas engolfadas,

dice el Mago Jesús, que va delante,
con la mano hacia Dios siempre tendida,
para enseñarle á Honorio la brillante
ciudad, en los espacios encendida:

—¡Mira el *por qué* y el *cómo embelesado*,
hacia ti y *Soledad tendí mi vuelo*,
poema que en la tierra comenzado,
acaba, al fin, cantándose en el ciclo!—



EL LICENCIADO TORRALBA

INTRODUCCIÓN

I

Obediente á tu voz, Andrés Mellado,
canto á Eugenio Torralba, el Licenciado,
idólatra del viejo Pirronismo,
y médico famoso dedicado
á sondar el abismo
de esa fuerza sin nombre, que gobierna
lo que él llama la *materia eterna*,
que viene de lo mismo y va á lo mismo!

II

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
conoció, de las ciencias en desprecio,
que, si el dudar le tornaría necio,
la mucha fe le volvería loco.

De la ciencia escolástica aburrido,
dejó por el amor la teología,
y, cual todos, en física sabía
que el sol es un reloj bien construído.

III

Torralba, como Sócrates, tenía
un genio familiar, más ángel que hombre,
que, aunque llevaba de Ezequiel el nombre,
fué llamado Zaquiél por eufonía.